

BOHEMIO SOY DE CORAZÓN, AMO YO ESTA VIDA CON LOCA PASIÓN. Miller Giraldo Manjarrez y las herejías de un «parcero» de la rumba

Por: Guillermo León Martínez Pino



La única forma de ganar es no teniendo nada que perder, renunciar a todo antes de apostar, vencer el miedo. Así funcionan las apuestas, el amor y la revolución.

Luis Fernando Moncada Ospina

Yo soy el hombre increíble, yo me le safo a cualquiera, como tengo el alma libre; no me amarran las cadenas.

Me tiraron por un brizco, me lanzaron pa' lo hondo, pero como soy arisco, yo me escape del fondo. En una jaula de acero pretendieron encerrarme, pero me le hice invisible, para venir a cantarles.

Marvin Santiago

¡Hay que pasar la vida siempre alegre, después que uno se muere de qué vale!

No tengo ningún recato en comenzar esta reseña confesando mi admiración por alguien que paradójicamente ha construido su popularidad, a expensas de las tradiciones ancestrales de una ciudad andina cobijada por la deuda con su pasado colonial, en la que aún hierve la sangre de la Aristocracia Payanesa. Ese alguien a que me refiero es: Miller Giraldo Manjarrez.

Lo conocí, cuando por allá al finalizar la turbulenta década de los 70s., nos levantábamos cobijados por las utopías perdidas de aquella juventud irreverente, que soñó con cambiar el rumbo de la historia. Su horizonte de vida en cambio era otro, atado también a la multitud, pero desde los micrófonos y las sonoridades de las músicas populares de la época. Despuntando la década de los 80s, etnografíe sus historias y sus ambientes de farándula, que los identifiqué como el reflejo de mis propias aficiones bohemias y los gustos estéticos por la rumba, la lujuria y el sabor.

Desde aquella época, he seguido con particular interés su carrera como locutor y animador de diferentes estaciones de radio y espectáculos, las que combina

sincrónicamente con su faceta de empresario, heredada de su padre el viejo Lázaro Giraldo Jaramillo, un paisa de poncho, carriel y sombrero, que en su nomadismo viajero –caminando las trochas del macizo Colombiano–, le enseñó a construir sueños errantes, haciendo de la vida un viaje sin llegada. Con su ejemplo, en esas correrías inéditas, aprendió de su padre el noble oficio de dentista y con el gabinete y la casa cargadas al hombro, como Sancho y el caballero andante, ofrecían sus servicios por las veredas y corregimientos donde fueran requeridos; así como gitanos, caminaron las trochas de San Miguel, El Diviso, Altamira, Albania, Río Blanco, Guachicono, Pancitará, Santa Rita, El Palmar, etc., y en esas travesías de niñez, conoció otros lenguajes, otros mundos, de ese inabarcable e incomprensido territorio, que con su exuberante vegetación de páramo, hacía fluir el agua balsámica que daba y sigue dando vida a la nación.

En las largas correrías nunca faltó el radio de pilas, como compañero silencioso e inseparable, para mitigar y hacerle más llevaderas las incertezas de su temprana madurez como hombre; en esa caja de resonancia aprendió a la distancia y en un tiempo agreste a escuchar las voces de Los Terrícolas, Los Angeles Negros, Los Pasteles Verdes, Los Golpes, Oscar Golden, en fin toda la denominada por entonces nueva Ola; pero también lo perseguían los sonidos estridentes de locutores deportivos excepcionales, que con su magia e inventiva ficcional narraban fantasmagorías que parecían realidad; entre ellos recuerda a Armando Moncada Campuzano, Julio Arrastía Bricca, Pastor Londoño Pasos, Rubén Darío Arcila, Carlos Arturo Rueda C., Rafael Medina Corrales, todos ellos delinearon en Miller la ruta inédita de sus pulsiones emocionales por el micrófono y la locución.

A sus catorce años regresa a Popayán a continuar sus estudios en el Colegio Francisco Antonio Ulloa de donde saldría posteriormente a terminarlos en la Normal de Varones José Eusebio Caro. En la escondida revuelta del camino, compartimos las aulas universitarias, las canchas de fútbol; pero sobre todo los bares, la bohemia; las féminas de la calle que profesan por él una narcótica atracción. Parafraseando al Gran Combo de Puerto Rico, me digo: «Y que hermosa variedad, que mucho hay para escoger; a mí no me importa cual, siempre que sea una mujer; porque, no hay oro ni diamante, que compare con su amor, –y además frente a ellas–; se rinde el más valiente, el más lindo y el mejor».

Quienes buscamos desde nuestra temprana edad, encantarnos con el fructífero sendero de las letras, supimos primero experimentar el amor dolido en las canciones de un Orlando Contreras, que con alevosía cincelaba nuestro cerebro, cuando en las noches explorábamos en un bar cualquiera nuestros deseos recónditos y, entonces cantábamos tomándonos unas copas que nos guiasen al olvido:

«Alzo mi copa en triunfo a mi experiencia, que no se aprende en escuela ni en hogar, eso se aprende en la calle, en la cantina, copa tras copa bajo el fondo musical, de la victrola que te dice tantas cosas, y de los labios que te mienten al besar».

O en las noches bohemias cuando la soledad acurrucada a nuestro lado, nos remarcaba las citas frustradas o solo soñadas, que dejaban un vacío con negras pinceladas que se deslizaban sigilosas por nuestros confusos pensamientos que hacían vibrar nuestras cabezas, para morder el polvo de las deudas del corazón; hermosas y estúpidas confidencias de esas caricias que no sabían decir su nombre y que balbuceábamos acompañados de las letras de Benito De Jesús, en interpretaciones como la «copa rota» en la voz inconfundible de un José Feliciano: «Una noche como un loco mordió la copa de vino y le hizo un cortante filo que su boca destrozó, y la sangre que brotaba confundido se con el vino y en la cantina este grito a todos estremeció. No te apures compañero si me destrozo la boca, no te apures que yo quiero con el filo de esta copa borrar la huella de un beso traicionero que me dio».

La música y la bohemia, propiciaban ese espacio de la intimidad en que el deseo y el sentimiento se revelan superiores a cualquier designio divino y embebidos en la ebriedad de la sensualidad de esas letras, nos volcábamos sobre nuestra propia emotividad. Así supimos que en esa música de la calle y la cantina también moraba la poesía. Ella tenía la medida precisa de nuestro sentir de almas adolescentes, podíamos con esas melodías evocar las reminiscencias de la mujer amada que latía incesante en nuestras sensibilidades y, en las noches divagábamos sonámbulos entre los pensamientos furtivos y nuestras borracheras del alma, para extraer el delicioso y delicado licor espeso del amor. Luego de la resaca, despertábamos en un valle remozado, recordando nuestro desierto de estupideces salvíficas, volviendo a inventar nuestro mundo de amores fantasmas, una y otra vez; esa melancólica alegría que deviene de los padecimientos amorosos, ese goce atormentado que produce la tensión de un deseo no satisfecho.

Frecuentamos los sitios más excelsos del alma excitante de la rumba de los años 80: El Arado de los hermanos Polindara Rengifo, en la ciudad de Timbio, que nos acogió en sus tardes de domingos fantasmagóricos, en los que escapados a la sodomía ardíamos como lámparas alumbrando mujeres, que robábamos de sus casas y las abandonábamos en el desierto de la rumba para que parieran, al amparo de un vámonos pa'l monte, o de una Lluvia con nieve, ráfagas de sabor. La discoteca Play Boy, sucursal Andina del Nueva York noctámbulo, en donde no se nos exigía visa para penetrar a ese espacio de éxtasis mutante; de estímulos auditivos desenfrenados; en ocasiones casi terroríficos. Allí la pista de baile rectangular, sirvió como el ágora de los encuentros orgiásticos, las mujeres con sus encantos voluptuosos convocaban desnudas, cada jueves, al séquito de trashumantes noctámbulos que merodeamos el burdel en espera del intercambio ritual y festivo. Es la consumación de otro modo de intercambio, no el de las cosas útiles, sino el de las cortesías narcóticas, las trasgresiones amorosas, la lúdica celebratoria, en fin, el placer de los cuerpos. Aquel sitio fue testigo de excepción de múltiples historias cruzadas, en donde la potencia residía en el delirio esquizofrénico que movilizaba el deseo y la trasgresión. Quienes a él concurríamos, guardamos la delicia del placer como un secreto, como la llave

maestra a otro estadio de la condición humana. Metafóricamente podría graficarse, la etnografía visual tras el telón de una larga noche, de la siguiente manera:

Noche de hechizos, de fuegos trasgresores y danzantes,
Noche de deseos libidinosos, acompañados de brujas y de hadas,
Noche pagana, de rituales tenebrosos,
Noche del desperdicio espiritual y de
La vanagloria de la estética erótica del cuerpo.

Noche de puertas abiertas a la voluptuosidad y la muerte,
Con letanías que retumban y cincelan los bordes del cerebro.

Así te he soñado en el espesor falaz de mis pulsiones,
Enceguecida invitándome a disfrutar del encuentro falaz de tus delirios;
Espacio abismal donde se funden los bajos instintos lujuriosos y
La irracionalidad amable del amor profano,
En un sincrético balanceo frenético de pecado y placer excitante,
Ese del vivir y morir al mismo tiempo en el deseo.

La enrancia orgiástica no tiene territorialidad

En este divagar, construimos las complicidades con Miller Giraldo, un personaje de «maniobras nocturnas», y en cierta medida también un nómada «viajero secreto», que se detiene en los recovecos más insólitos para gritarle al mundo sus afectos, que ha escondido y matizado por largo tiempo, en el tejido más profundo de su memoria, en una suerte de segunda clandestina identidad. Por eso no es excesivo afirmar, tras esta urdimbre de imágenes recurrentes que deparan las experiencias vivenciales del trance de la vida, que quien persiste en desconocer lo fantástico reduciéndolo a mentes pueriles o gustos poco cultivados, o carece de la más mínima sensibilidad, o su capacidad goce está completamente esterilizada.

Siguiendo el viaje secreto, a Miller Giraldo, se lo puede encontrar, otro domingo cualquiera, en «Ritmo 60», discoteca abierta al espectáculo del desdén y la seducción febril de la noche voluptuosa, animando en la tarima imaginaria, con sus ocurrencias descabelladas: «un litro de aguardiente para la cola más lindo de la noche». Por este insignificante trofeo, ruge el escenario travestido de claro–oscuros luces giratorias, que parecieran seguir la secuencia rítmica de la lúdica subnormal. Suena la música, como cortina seductora del anuncio escénico del animador. Aparecen las féminas impúdicas, de todas las estéticas; expuestas como piezas de trofeo, sometidas al escarnio del público tribunal inquisitorial de la jauría, reminiscencia patoja del circo Romano. Es el baile, esa rítmica musical que organiza el juego obsesivo de los músculos y los nervios. Son unos cuantos minutos de locura entregados al furor que la pasión exige; se desnuda el aire, con el vértigo del ritmo; las botellas del licor flotan entre las mesas y

los brindis inundan como relámpago con ríos de alcohol que fluyen por los cuerpos. Aplausos van y vienen en el recinto, para hacer sentir que en este espacio la democracia no existe. Es una banal utopía: un beso furtivo del locutor, unas perfectas piernas, dentro del más ceñido pantalón, ya han definido el destino de la intrépida decisión narcótica. También el micrófono es erótico; bien narra la novela: «sin tetas no hay paraíso».

Pareciera una exageración metafórica o simple fantasía. Pero, no. La farándula y la trashumancia bohemia son eso: componente irónico y humorístico o, sarcasmo inquietante de la noche machista, narcótica, siniestra y pélvica; reminiscencia de Dionisos, Orfeo, Eros, dioses héroes, situados por fuera de todo orden, sensibles al placer y despistadores del miedo eterno a la muerte. Séneca –nos dice Juan Cajas (2004: 103)–, «en su tratado sobre Tranquilidad del alma, reivindica la embriaguez, no como recurso para ahogarse, sino como estrategia para borrar nuestras preocupaciones; el vino nos remozca espiritualmente y soluciona las dolencias. No se llamó al invento del vino Liber, escribe el estoico filósofo y suicida, porque liberó la lengua, sino porque ha liberado nuestra alma de las preocupaciones que la agobian».

En infinidad de tardes y noches de domingo, emerge su presencia, en otros sitios. Son ahora, «Caballo de copas», «Mangos Club» o «Anacaona»; regocijo de los encuentros colectivos, en donde las territorialidades proxémicas, salseras y truculentas se respetan, «camina pa'lante no mires para el 'lao», diría Lavoe en su arrabalero canto; expresando la sensibilidad básica, la inmediatez de los sentidos, la retórica peligrosa de los signos de la calle. En estos sitios el ambiente pagano y el alcohol desinhiben a los concurrentes y favorecen improvisaciones, sensualidades y osadías. Es la idea del mundo al revés, trasmutado en el que prima las pasiones, el caos, el desperdicio, en contraposición a la racionalidad maximizadora y a la asepsia prohijada por el capital, la religión y la ciencia.

Allí, en esos lugares de paso el regocijo no da tregua, es el instante del escape a la rutina trágica de la vida; es la confabulación de la plástica de la risa, con la burla y el sarcasmo, como fuerzas torsivas del sentido, de otra forma de estar en el mundo. En estos escenarios pluriversos, emergen del anonimato como el ave fénix: «calo calo», «míquiri», «calidad», «bocato», «gusano de humo», «chiguaco», «el diablo», «pinocho», «mata-perros», «pistolo», etc. ¡Ah! y se me olvidaba lo más importante, las «princesas» y «las muñecas»; yuxtaposición corpórea de simultaneidad erótica; formas sugestivas y estereotipadas de nombrar y hacer visible las fugas y la irrupción de lo insólito, lo indómito del demonio y la carne; juego de imágenes y palabras que oprimen y liberan, arrebatan, electrizan y hechizan en un repasar policromático de la furtividad. En estas tramas escénicas ilógicas, para quienes profesan una vida higiénica, por ejemplo, se le cantan a la libertad de otra manera, tal como lo hace Ismael Rivera, cuando dice:

Me encerraron con siete llaves
Y allí les solté una bomba

Me trataron con siete candados
Y allí les solté un rumbón.

Porque la rumba estaba conmigo
Para aliviarnos las penas
Con su hermanita la plena
Y su primo el guaguancó.

O como lo sugiere Eduardo Galeano al plasmar en Ventana sobre el cuerpo, la metáfora de nuestro fundamental y negativo estar:

La iglesia dice: El cuerpo es una culpa
La ciencia dice: El cuerpo es una máquina.
La publicidad dice: El cuerpo es un negocio.
El cuerpo dice: Yo soy una fiesta.

La incitación al ritual pagano de la rumba

Ya en la mañana de todos los domingos, premonitoriamente se pregona en la radio local: «mangos lo es todo»; alegoría truculenta que invita a la tentación de dejar el mundo asfixiante de la racionalidad calculante y enredarse con otras voces, que inventan realidades, que recrean marginalidad, que desechan protocolos; complicidad irreverente de círculos abiertos, en los que, «se le canta a la vida de risas y penas, de momentos malos y de cosas buenas». El reloj marca las cinco, tomo mi auto, la tarde emerge seductora y aguardientosa, en la nitidez sonora del «pioner», chilla la voz inconfundible del rey de la puntualidad, que incita a disfrutar el golpe:

Esta risa no es de loco,
Se están riendo de mí,
Me dicen que yo estoy loco;
Pero se están cayendo de un coco
Porque de mí no pueden reír;
Lo que les pasa es que sin
Mi saoco no pueden vivir;
Porque yo canto, bailo, toco un poco
Y me hace sacudir.

Los aromas repentinos de esa rumba predisponen a mi corazón ingobernable. El deseo necesita circular, en palabras de Deleuze, necesita encontrar líneas de fuga, para renovarse, para enriquecerse, o también para perderse en la sensibilidad de la prohibida ebriedad. Me hago, entonces, el invitado, dejando en la estela del camino un mensaje, que tarareo al unísono con Roena:

Avisale a mi contrario que aquí estoy yo,
que venga para que aprecie dulce cantar;
porque después no quiero que diga,
que dí la rumba y no lo invité.

Para terminar este relato quisiera hacer un homenaje a esta aristocracia callejera, que ha teñido de otros colores, la otrora ciudad blanca. Mi vaso está lleno de licor tembloroso como la llama de una vela; es el sonido del hielo en el whisky que remarca con su sabiduría el apego a la noche. Entonces, indago a esta realidad múltiple, con preguntas sin respuesta; medito y escribo sobre un papel inoficioso que deambula por mi mesa:

La Aristocracia callejera

Aristocracia de la calle con su vida temeraria, sigilosa y clandestina;
Intrépida, por el vértigo y la intensidad de la exacerbada adrenalina.
Esa es la guapería marginal y callejera de las ciudades invisibles,
De nuestro patio latino.
La de los Pedros Navajas: «Gabán, sombrero de ala ancha,
Diente de oro, puñal en mano»;
Merodeando por «la esquina del viejo barrio»,
«Con el tumbao que tienen los guapos al caminar».

La de las prostitutas, que «van recorriendo la acera entera por quinta vez»
en un día flojo y sin «clientes pa' trabajar»,
Y en el cual, desgraciadamente, «no hicieron pesos con que comer».

Detrás de las atestadas filas de maleantes,
Que se juegan la vida a cada instante,
Se esconden las máscaras felinas, que aterrorizan,
Las pupilas de los impávidos transeúntes.
Allí, en la callejuela más inesperada e inhóspita,
La noche agresiva y locuaz, encuentra camuflado a Juanito Alimaña:
«La gente le teme al tipo, porque el hombre es de cuidado;
Pa' meterle mano, hay que ser un bravo;
Si lo meten preso, sale al otro día;
Porque un primo suyo, 'ta en la policía».

Ética transgresora, ritualizada por la autoridad policial,
Que «no combate el crimen, porque está ocupada en cometerlo»,
Diría Eduardo Galeano, en la noche oscura de la impunidad oficial.

Colofón necesario

Con su proyecto de vida, aferrado a las músicas y al divertimento, Miller Giraldo, sin proponérselo, ha abierto espacios y rituales otros, para defender la locura que irreverentemente expresan hombres y mujeres hastiados de un imaginario aristocrático, que día a día los enajena, segrega e invisibiliza, en este Popayán de las pasiones tristes y vacías, de las paredes blancas y mentes sucias, de las iglesias con olor a muerto; cuyas élites aún no reconocen que la ciudad de hoy no pasa por el culto apologéticos del linaje de las familias del ayer, esas de los escudos de armas y, parafraseando al maestro Jairo Varela, en la hibridez multicolor de este reducto, me digo: «Hay Mosquera blanco, hay Mosquera negro, hay García blanco, hay García negro. Por el hecho que le haya caído más leche al café ya no son Mosquera».

Lo más seguro es que en el presente escrito se hayan cometido abusos, a los cuales nos enfrentamos cuando rastreamos el mundo dionisiaco; el del azar, el de la desfachatez, el de los sueños, el de los afectos; el de la memoria tramposa; pero donde nos damos la licencia para imaginar; porque, también, como lo expresa un cuentero la «ficción nos pertenece de una manera íntima y desde tiempo inmemorial», se constituye en una «forma de aproximarnos a la realidad, la primera de todas»; pues, «antes de la filosofía y de la ciencia, ya estaba la ficción contándonos el mundo».

Popayán, mayo de 2017